

SAKI

La reticencia de lady Anne



La Biblioteca de Babel

*colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges*

Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.

Su Inglaterra era aquélla de la clase media victoriana, regida por la organización del tedio y por la repetición infinita de ciertos hábitos. Con un humor ácido, esencialmente inglés, Saki ha satirizado a esa sociedad.

Jorge Luis Borges

Prólogo

Como Thackeray, como Kipling y como tantos otros ingleses ilustres, Hector Hugh Munro nació en el Oriente y conoció en Inglaterra el desamparo de una niñez vivida lejos de los padres y, en su caso, severamente vigilada por dos rígidas tías. Su nombre, Munro, corresponde a una antigua familia escocesa; su sobrenombre literario, Saki, de las Rubáiyát (la palabra en persa quiere decir copero). Según testimonio de su hermana Ethel, las tías tutelares, Augusta y Carlota, eran imparcialmente detestables; el hecho de que odiaran a los animales puede no ser ajeno al amor que Munro siempre les profesó. En su obra abundan las aborrecibles y arbitrarias personas mayores cuya sola presencia frustra la vida de quienes las rodean y la amistad de los animales, en la que siempre hay algo de magia. Completada su educación universitaria en Inglaterra, volvió a su patria, Birmania, para ocupar un cargo en la policía militar. Siete ataques de fiebre en poco más de un año, lo forzaron a regresar. En Londres ejerció el periodismo. Se inició en la sátira política en la Westminster Gazette y entre 1902 y 1908 fue corresponsal del Morning Post en Polonia, en Rusia y en París. En esta ciudad aprendió a gozar de la buena comida y a despreciar la mala literatura. A la edad de cuarenta y cuatro años en 1914 fue, honrosamente, uno de los cien mil voluntarios que Inglaterra envió a Francia. Sirvió, como soldado raso, lo mataron en el invierno de 1916 en el ataque a Beaumont-Hamel. Se dice que sus últimas palabras fueron: Put out that bloody cigarette, "Apaguen ese

maldito cigarrillo". No es imposible que se refiriera a la guerra.

Su vida fue cosmopolita, pero toda su obra (con la excepción de un solo cuento que ya comentaremos) se sitúa en Inglaterra, en la Inglaterra de su melancólica infancia. Nunca se evadió del todo de aquella época, cuya irremediable desventura fue su materia literaria. Este hecho nada tiene de singular; la desdicha es, según se sabe, uno de los elementos de la poesía. La Inglaterra, padecida y aprovechada por él, era la de la clase media victoriana, regida por la organización del tedio y por la repetición infinita de ciertos hábitos. Con un humor ácido, esencialmente inglés, Munro ha satirizado a esa sociedad.

El primer relato de esta serie, La reticencia de Lady Anne, juega a ser satírico, pero, bruscamente, es atroz. El narrador de cuentos se burla de las convenciones del apólogo y de la hipócrita bondad. La niñez desdichada del autor vuelve a aparecer en El cuarto trastero, que prefigura a Sredni Vasthar y que, en algún momento, recuerda la admirable Puerta en el muro de Wells. Más allá de los rasgos satíricos a que nos ha habituado el autor, la pieza titulada Gabriel-Ernest renueva un mito universal, eludiendo todo arcaísmo. Un animal es también el protagonista de Tobermory y, extrañamente, este animal es una amenaza por lo que tiene de humano y de razonable. El marco es una extravagancia sin precedentes, que sepamos, en la literatura. Mientras es deleznable, el héroe es valioso; cuando recobra su dignidad, ya no es nadie. Los protagonistas de Cura de desasosiego ignoran el argumento esencial; no así el lector que le da su generosa y divertida complicidad. En La paz de Mowsle Barton sentimos intensamente lo singular del concepto de bruja, en el que se aúnan el poder, la magia, la ignorancia, la maldad, la miseria y la decrepitud. Mixtura para codornices insinúa, desde el extraño título, la arbitrariedad y la estupidez de la conducta de los hombres. No lo sobrenatural sino la simulación de lo sobrenatural es el tema bá-

sico de La puerta abierta. Sin embargo, si tuviéramos que elegir dos de los cuentos de nuestra antología (y nada nos obliga, por cierto, a esa dualidad), destacaríamos Sredni Vasthar y Los intrusos. El primero, acaso como todo buen cuento, es ambiguo: cabe suponer que Sredni Vasthar era realmente un dios y que el desventurado niño lo intuía, pero también es lícita la hipótesis de que el culto del niño hizo del hurón una divinidad, tampoco está prohibido pensar que la fuerza del animal procede del niño que sería realmente el dios y que no lo sabe. Está bien que el hurón vuelva a lo desconocido de donde vino; no menos admirable es la desproporción entre la alegría del niño liberado y el hecho trivial de prepararse una tostada. Del todo diferente es la fábula que se titula Los intrusos. Ocurre, como el Prince Otto de Stevenson, en esa boscosa y secreta Europa Central que corresponde menos a la geografía que a la imaginación. Nunca sabremos si procede de una experiencia personal; la sentimos como una historia fuera del tiempo que tiene que haberse dado muchas veces y en formas muy diversas. Los caracteres no existen fuera de la trama, pero ese rasgo la favorece, ya que es propio del mito y de la leyenda. El título prefigura la línea final que, sin embargo, es asombrosa y singularmente patética. Para Dios, no para los hombres, los dos enemigos, que, esencialmente, son él mismo, se salvan.

Con una suerte de pudor, Saki da un tono de trivialidad a relatos cuya íntima trama es amarga y cruel. Esa delicadeza, esa levedad, esa ausencia de énfasis puede recordar las deliciosas comedias de Wilde.

Jorge Luis Borges

La reticencia de lady Anne

Egbert entró en el gabinete, espacioso y sucintamente iluminado, con el aire de un hombre que no está seguro de si se adentra en un palomar o en una fábrica de bombas y se halla preparado para ambas eventualidades. El insignificante altercado doméstico habido ante la mesa del almuerzo habíase disputado sin llegar a término definitivo y el problema era saber hasta qué punto lady Anne se hallaba en disposición de reiniciar o cesar las hostilidades. Su postura en el sofá, junto a la mesa del té, era de una rigidez un tanto artificiosa; en la penumbra de un atardecer de diciembre los quevedos de Egbert no le eran materialmente de gran utilidad para distinguir la expresión de su rostro.

En un intento por romper cualquier hielo que pudiera flotar en la superficie formuló una observación acerca de una tenue luz litúrgica. Lady Anne o él mismo solían hacer esta observación entre las 4.30 y las 6 de las tardes de invierno o de fines de otoño; formaba parte de su vida conyugal. No existía una réplica establecida para ella y lady Anne no dio ninguna. Don Tarquinio estaba tumbado sobre la alfombra, al amor de la chimenea, con una soberbia indiferencia ante el posible malhumor de lady Anne. Su *pedigree* era tan intachablemente persa como el de la alfombra y su piloso collarín entraba en la gloria de su segundo invierno. El joven criado, que tenía tendencias renacentistas, le había acristianado como Don Tarquinio. Abandonados a sí mismos, Egbert y lady Anne infaliblemente le habrían puesto Fluff, pero no eran obstinados.

Egbert se sirvió un poco de té. Como no había la menor traza de que el silencio se rompiera a iniciativa de lady Anne, se armó de valor para realizar otro yermáqueo esfuerzo^[1].

—La observación que hice durante el almuerzo tenía una intención puramente académica —anunció—; parece atribuirle una significación innecesariamente personal.

Lady Anne mantuvo su defensiva barrera de silencio. Displacientemente, el pinzón real colmó el intervalo con un aire de *Ifigenia en Táuride*. Egbert lo reconoció inmediatamente, ya que era el único aire que silbaba el pinzón y había llegado a sus manos con la reputación de silbarla. Tanto Egbert como lady Anne hubieran preferido algo de *The Yeoman of the Guard*^[2], que era su ópera favorita. En materia de arte tenían un gusto similar. Ambos se inclinaban por lo sincero y explícito en arte; un cuadro, por ejemplo, que lo dijera todo por sí mismo, con la generosa ayuda de su título. Un corcel de guerra sin jinete, con el arnés en evidente estrago que irrumpe dando tumbos por un patio lleno de pálidas y desfallecientes mujeres y con la anotación, al margen, de “Malas noticias”, sugería a sus mentes una meridiana interpretación de catástrofe militar. Les permitía apreciar lo que se trataba de transmitir y explicárselo a sus amigos de inteligencia más obtusa.

El silencio se prolongaba. Por regla general, el enojo de lady Anne se tornaba articulado y acentuadamente voluble al cabo de cuatro minutos de mutismo introductorio. Egbert tomó la jarra de la leche y vertió parte de su contenido en el platillo de Don Tarquinio; como el platillo ya estaba lleno hasta los bordes el resultado fue un patético rebotamiento. Don Tarquinio lo contempló con un sorprendido interés que se desvaneció en una artificiosa impasibilidad cuando fue requerido por Egbert para acercarse y engullir parte de la sustancia derramada. Don Tarquinio estaba preparado para desempeñar muchos papeles en la vida

pero el de aspiradora en la limpieza de alfombras no era uno de ellos.

—¿No crees que nos estamos portando como unos tontos?

—dijo Egbert jovialmente.

Si lady Anne lo creía así no lo dijo.

—Me atrevo a decir que en parte la culpa ha sido mía — prosiguió Egbert con una jovialidad que se evaporaba—.

Después de todo, tan sólo soy humano, tú lo sabes. Pareces olvidar que tan sólo soy humano.

Insistía sobre este punto como si hubiera habido infundadas insinuaciones de que en su conformación había rasgos satíricos, con apéndices caprinos allí donde lo humano terminaba. El pinzón real comenzó de nuevo su aire de *Ifigenia en Táuride*. Egbert empezó a sentirse deprimido. Lady Anne no se tomaba su té. Tal vez se sintiera indispuesta. Sin embargo, cuando lady Anne se sentía indispuesta no solía ser reticente al respecto. “Nadie sabe lo que sufro a causa de la indigestión”, era una de sus aseveraciones favoritas; pero la falta de conocimiento sólo podía deberse a una defectuosa audición; el montante de la información disponible sobre el tema habría proporcionado material suficiente para una monografía. Evidentemente lady Anne no se sentía indispuesta.

Egbert empezó a considerar que estaba siendo tratado de un modo poco razonable; naturalmente, empezó a hacer concesiones.

—Me atrevo a decir —observó, adoptando una posición sobre la alfombra situada ante la chimenea tan centrada como logró persuadir a Don Tarquinio que le permitiese—, que se me puede censurar. Estoy dispuesto, si con ello puedo restablecer las cosas en una situación más feliz, a intentar enmendarme.

Se preguntaba vagamente cómo sería posible tal cosa. Las tentaciones se le presentaban, en su madurez, de forma esporádica y no muy acuciantes, como un desmañado aprendiz de carnicero que pide un regalo navideño en febrero sin

una razón más halagüeña que el no haberlo recibido en diciembre. No tenía más intención de sucumbir a aquéllas que de comprar los cubiertos de pescado o las estolas de piel que las señoras se veían obligadas a sacrificar por medio de las columnas de anuncios a lo largo de los doce meses del año. Sin embargo, había algo de impresionante en esta renuncia no solicitada a unos excesos posiblemente latentes.

Lady Anne no dio la menor muestra de estar impresionada. Egbert la miró nerviosamente a través de sus lentes. Llevar la peor parte en una controversia con ella no era una experiencia nueva. Llevar la peor parte en un monólogo era una humillante novedad.

—Iré a vestirme para la cena —anunció con una voz en la que intentó deslizar un cierto deje de severidad.

Ya en la puerta, un postrer acceso de debilidad le impulsó a hacer una ulterior apelación.

—¿No estaremos siendo muy tontos?

—Un memo —fue el comentario mental de Don Tarquinio al cerrarse la puerta tras la retirada de Egbert. Luego, alzó al aire sus aterciopeladas garras delanteras y brincó con agilidad a una estantería situada justamente debajo de la jaula del pinzón real. Era la primera vez que parecía advertir la existencia del pájaro, pero desplegaba un plan de acción preconcebido, con la precisión de una madura deliberación. El pinzón real, que se imaginaba a sí mismo como algo parecido a un déspota, súbitamente se confinó en una tercera parte de su radio de acción normal para sumirse luego en un desvalido aleteo y en un estridente piar. Había costado veintisiete chelines, jaula aparte, pero lady Anne no hizo el menor gesto de ir a intervenir. Llevaba muerta dos horas.

El narrador de cuentos

Era una tarde sofocante y en el vagón reinaba la consiguiente atmósfera de bochorno. La siguiente parada sería Templecombe, al cabo de casi una hora. Los ocupantes del vagón eran una chiquilla, una chiquilla más pequeña y un chiquillo. Una tía de los niños ocupaba un asiento en un extremo y el asiento del extremo opuesto lo ocupaba un joven caballero que era ajeno al grupo, pero las chiquillas y el chiquillo ocupaban ostensiblemente todo el compartimiento. Tanto la tía como los niños mantenían un tipo de conversación restringida y persistente que recordaba a las efusiones de una mosca doméstica inasequible al desaliento. Aparentemente, la mayor parte de las observaciones de la tía comenzaba por "No" y casi todas las observaciones de los niños empezaban con "¿Por qué?". El joven caballero no pronunciaba una sola palabra.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el muchachito empezó a chupetear las almohadillas del asiento, levantando una nube de polvo a cada bufido.

—Ven a mirar por la ventanilla —añadió.

El niño se encaminó de mala gana hacia la ventana.

—¿Por qué se llevan las ovejas de ese prado? —inquirió.

—Supongo que se las llevan a otro prado en que haya más hierba —dijo la tía quedamente.

—Pero si hay mucha hierba en ese prado —protestó el niño —; no hay más que hierba en él. Tía, en ese prado hay muchísima hierba.

—Tal vez la hierba del otro prado es mejor —sugirió la tía sandiamente.

—¿Por qué es mejor? —brotó la inmediata e inevitable pregunta.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía. En casi todos los campos, a todo lo largo de la vía, había vacas y bueyes, pero ella lo dijo como si volcara su atención sobre una rareza.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro prado? —persistió Cyril.

En el rostro del joven caballero el entrecejo tornábase un profundo ceño. Era un hombre insensible y antipático, decidió la tía para sus adentros. Se sentía totalmente incapaz de llegar a alguna decisión satisfactoria acerca de la hierba del otro prado.

La más pequeña de las chiquillas originó una diversión al comenzar el recitado de "En el camino de Mandalay". Se sabía tan sólo el primer verso pero extraía el máximo partido de su limitado conocimiento. Repetía el verso una y otra vez, como una melopea, pero con una voz resuelta y perfectamente audible. Al joven caballero se le antojaba aquello como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir el verso en voz alta dos mil veces sin parar. Quienquiera que hubiera hecho el envite probablemente perdería la apuesta.

—Venid aquí y escuchad mi cuento —dijo la tía, después de que el caballero la hubiera mirado por dos veces y una vez al tirador de llamada.

Los niños se encaminaron displicentemente hacia el extremo del vagón en que se hallaba la tía. Evidentemente, su reputación como narradora no rayaba alto en su estima.

Con voz baja y confidencial, interrumpida frecuentemente por sonoras y petulantes preguntas de sus oyentes, dio principio a un cuento anodino y lastimosamente falto de interés acerca de una niña que era buena y que debido a su bondad se hacía amiga de todo el mundo y que a la postre se veía a salvo de un toro enfurecido a cargo de unos cuantos salvadores que admiraban su carácter moral.

—¿Es que no la habrían salvado si no hubiera sido buena?

—preguntó la mayor de las niñas. Era exactamente la pregunta que el joven caballero hubiera querido formular.

—Bueno, pues sí —admitió la tía a regañadientes—, pero no creo que hubieran corrido en su ayuda con tanta premura si no la hubieran tenido en tan alto aprecio.

—Es el cuento más estúpido que he oído jamás —dijo la mayor de las niñas con infinita convicción.

—Yo, después de oír el principio, ya no he escuchado más. Era tan estúpido —dijo Cyril.

La más pequeña de las chiquillas no hizo ningún comentario explícito acerca del cuento pero hacía un largo rato que había reemprendido en un susurro la repetición de su verso favorito.

—No parece usted tener un gran éxito como narradora —dijo súbitamente el joven caballero desde su extremo.

La tía se erizó en instantánea defensa ante aquel ataque inesperado.

—Es muy difícil contar cuentos que los niños puedan a la vez comprender y disfrutar —dijo con tiesura.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó el joven caballero.

—Tal vez a usted le gustaría contarles un cuento —fue, a su vez, la réplica de la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Érase una vez —comenzó el joven—, una niñita llamada Bertha que era extraordinariamente buena.

El interés infantil, momentáneamente despertado, empezó a decaer al instante; todos los cuentos parecían horriblemente similares, independientemente de quién los contara.

—Hacía todo lo que le mandaban, decía siempre la verdad, mantenía sus vestidos limpios, se comía las gachas como si fueran tartas de confitura, se aprendía las lecciones perfectamente y era de modales educados.

—¿Era guapa? —preguntó la mayor de las niñas.

—No tan guapa como vosotras —respondió el joven—, pero era horriblemente buena.

Se produjo un movimiento de reacción a favor del cuento; la palabra horrible asociada con bondad era una novedad que se recomendaba por sí sola. Parecía introducir una aureola de autenticidad que se hallaba ausente de los cuentos infantiles de la tía.

—Era tan buena —prosiguió el joven—, que ganó varias medallas a causa de su bondad, las cuales se prendía siempre en el vestido. Tenía una medalla a la obediencia, otra a la puntualidad y una tercera por su buena conducta. Eran unas medallas grandes, de metal, y tintineaban unas con otras al andar. Ningún otro niño de la ciudad en que vivía tenía tantas medallas, de modo que todo el mundo estaba enterado de que aquella debía ser una niña superbuenas.

—Horriblemente buena —acotó Cyril.

—Todo el mundo hablaba de su bondad, y el príncipe de aquel país oyó hablar del caso y dijo que puesto que era tan buena se le permitiría pasear una vez a la semana por su parque, que se hallaba en las afueras de la ciudad. Era un hermoso parque y jamás se le había permitido el acceso a niño alguno, de modo que era un gran honor para Bertha que le autorizasen a entrar.

—¿Había ovejas en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el joven—, no había ovejas.

—¿Y por qué no había ovejas? —surgió la inevitable pregunta derivada de aquella respuesta.

La tía se permitió una sonrisa que podría haber sido descrita como una mueca.

—En el parque no había ovejas porque —dijo el caballero— la madre del príncipe había soñado una vez que a su hijo le mataría o una oveja o un reloj que se le caería encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en su parque ni relojes en su palacio.

La tía contuvo una boqueada de admiración.

—¿Y al príncipe le mató una oveja o un reloj? —inquirió Cyril.

—Aún vive, así que no podemos saber si el sueño se convertirá en realidad —dijo el joven con despreocupación—; sea como fuere, en el parque no había ovejas pero había montones de cerditos correteando por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cabeza blanca, blancos con motas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran blancos por completo.

El narrador hizo una pausa a fin de permitir que en la imaginación de los niños calara una idea global de los tesoros del parque; luego resumió:

—Bertha se puso bastante triste al descubrir que en el parque no había flores. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cortaría ninguna de las flores del gentil príncipe y se había propuesto cumplir su promesa, así que le hizo sentirse como una tonta el comprobar que no había flores que cortar.

—¿Y por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —replicó prontamente el joven—. Los jardineros le habían advertido al príncipe que no es posible tener cerdos y flores, así que aquél decidió tener cerdos y no flores.

Hubo un murmullo de aprobación ante la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría optado por la otra posibilidad.

—En el parque había montones de muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados y azules y verdes, y árboles con bellísimos papagayos que decían espontáneamente frases agudas y colibríes que entonaban todas las melodías populares del momento. Bertha paseaba por doquiera y disfrutaba enormemente, y pensaba para sus adentros: "Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido entrar en este hermoso parque y gozar de todo cuanto en él se ve", y sus medallas tintineaban

unas con otras al caminar y le ayudaban a recordar lo buenísima que en verdad era. En aquel momento, un enorme lobo se colaba en el parque a ver si lograba atrapar un lechoncito bien gordo para la cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, en medio de un súbito arranque de interés.

—Todo él de color fango, con la lengua negra y unos ojos gris pálido que brillaban con inefable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Bertha; su delantal era tan inmaculadamente blanco e impoluto que se la distinguía desde una gran distancia. Bertha vio al lobo que se dirigía cautelosamente hacia ella y empezó a desear que jamás le hubieran franqueado la entrada al parque. Echó a correr con todas sus fuerzas y el lobo se lanzó tras ella dando grandes saltos y zancadas. La niña consiguió llegar a un espeso maticizo de mirtos y se ocultó en lo más denso de los arbustos. El lobo se acercó olfateando entre la enramada, con su enorme lengua negra colgándole fuera de la boca y los ojos gris pálido relampagueando de rabia. Bertha estaba terriblemente asustada y pensaba para sus adentros: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena en estos momentos estaría felizmente a salvo en la ciudad”. No obstante, el aroma del mirto era tan fuerte que el lobo no podía oler nada donde Bertha estaba escondida y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado rondando en torno a ellos muchísimo tiempo sin llegar a vislumbrarla, de modo que se pensó que sería mejor largarse y atrapar un cerdito en su lugar. Bertha temblaba una barbaridad teniendo al lobo olisqueando y husmeando tan cerca de ella y con el temblor la medalla de la obediencia tintineó contra las medallas a la buena conducta y a la puntualidad. El lobo se alejaba ya cuando oyó el sonido de las medallas tintineando y se detuvo a escuchar; las medallas tintinearón nuevamente en un arbusto muy cerca de él. Se abalanzó sobre la espesura con los ojos gris pálido relampagueando de ferocidad y triunfo, arrastró a Bertha fuera de allí y la de-